

REFLEXIONES

¿Bárbaros?

■ Cuando Roma conquistó a Grecia, la desarrollada cultura helénica se infiltró entre los romanos. Aquellos que habían vencido por las armas terminaron venerando a los dioses de los vencidos y a organizar sus instituciones de acuerdo con la concepción helénica.

No es éste un ejemplo que se reitera en el curso de la historia.

Lo normal es que los conquistadores, convencidos de que las armas les dan no sólo la fuerza, sino la razón, arrasan con la cultura de los pueblos conquistados e impongan en ellos sus propios valores.

Sucedió en América, cuando los españoles se tropezaron con las culturas incaica y azteca; ocurrió en África y, por cierto, en Asia. La llamada cultura occidental consideró a los pueblos que no estaban integrados a ella como bárbaros y con prepotencia misionera desdenó la experiencia y los valores que ellos desarrollaron.

Ahora que la cultura occidental principia a atisbar la seria crisis que significa el agotamiento de sus recursos naturales por una incansante destrucción ecológica, la explosión demográfica y la siempre latente posibilidad de un conflicto bélico que termine por destruirla, los investigadores han vuelto la vista a esas culturas y a esas civilizaciones que, con su afán imperialista, trataron de suprimir.

En esta nueva visión, África ha dejado de ser el continente de canibales salvajes de las historietas de Tarzán y se han empezado a distinguir las distintas civilizaciones que se entrecruzaban en él antes de la llegada del hombre blanco. El norte africano de

influencia arábiga, la cultura negra del oeste y la Bantú del este son estudiadas para tratar de reconocer, aunque tardíamente, los valores que el conquistador blanco desestimó.

Con Asia ha sucedido otro tanto. Ya existe consenso de que en el siglo XIX, cuando el Occidente invade Asia, ésta era una sociedad más avanzada que la de sus conquistadores. En esa época, mientras Europa recién ingresaba a la Edad Moderna, China se había desarrollado como una sociedad moderna por miles de años. Alrededor de 1800, China tenía una población de 400 millones de habitantes regidos por un Gobierno único a través de una burocracia centralizada. No existía en la organización de su sociedad una aristocracia propiamente tal, sino una élite basada en la fortuna y el talento. El sistema económico estaba basado en la libre empresa, pero el Estado intervenía y regulaba el mercado con frecuencia.

Por su parte, las civilizaciones incaica y azteca ofrecían formas de organización, de manejo de la economía y de gobierno político que, aun en nuestros días, nos resultan altamente atrayentes.

Todas esas civilizaciones y culturas en un grado mayor o menor fueron destruidas o impedidas de desarrollarse por la prepotencia occidental. Ahora que Occidente parece no encontrar soluciones a los problemas que su civilización engendra, se vuelve la vista a ellas.

Y, tal vez, resulte a la postre que debamos reconocer que los bárbaros éramos nosotros.

PARTIQUINO